

Simone Weil: La ciudad y lo sagrado

La ciudad objeto de reflexión de Simone Weil es una ciudad destruida. Lo son Troya, Cartago, Jerusalem, las ciudades occitanas, incluso las poblaciones africanas sometidas a la violencia colonialista. La destrucción es el marco que le permite elevar la ciudad a la categoría de lo sagrado. En primer lugar, por la pérdida que supone, y en segundo lugar, por tratarse de algo ya sucedido y, por lo tanto, pasado.

Conviene tener en cuenta que Simone Weil se propuso ante todo la tarea de desenmascarar la mentira a través del análisis del lenguaje y de la búsqueda de precisión. Palabras como «persona», «ciencia» o «técnica» fueron sometidas a un metódico y profundo examen cuyo resultado fue la denuncia de la idolatría que se esconde bajo ellas. Y la idolatría consiste, precisamente, en considerar y tratar como sagrado algo que no lo es. No es el caso de la ciudad. Por eso, todas las alusiones que Simone Weil hace respecto a esas ciudades destruidas como algo sagrado —en los *Écrits historiques et politiques*, en *La pesanteur et la grâce*, en *L'ennracinement*, en los *Écrits de Londres*— hay que entenderlas en su sentido literal: la ciudad contiene

elementos que ponen en contacto al ser humano con lo sobrenatural¹.

El objetivo de mi intervención es mostrar cómo y por qué la ciudad aparece en Simone Weil enmarcada por lo sagrado. Lo haré partiendo de dos conceptos que considero claves en su obra y que están relacionados con la destrucción de la ciudad: el primero descansa sobre la idea weiliana de realidad como ausencia y el segundo en la de pasado como elemento ontológico.

Ambos puntos, como veremos, convergen en la consideración de la ciudad como *metaxú*, palabra griega que significa lo intermedio, un puente, en este caso un puente hacia lo sobrenatural.

1. La realidad como ausencia.

Nuestro mundo está regido por las leyes de la naturaleza, de la necesidad ciega; son las leyes de la materia y, por lo tanto, de la fuerza. El dualismo platónico de Simone Weil adopta el simbolismo espacial de la región «de arriba» y la «de abajo», de modo que a la región superior

Notas:

¹ Hay que incidir en que la noción de sagrado en Simone Weil no corresponde a la de María Zambrano. En Simone Weil, la palabra «sagrado» hace referencia a lo sobrenatural, aunque este concepto sufre una evolución a lo largo de su obra. Aunque Simone Weil fue educada en el agnosticismo, ya en sus primeros escritos manifiesta una fuerte tendencia hacia todo lo que es ajeno al ámbito de lo material, de la fuerza, lo que ella nombra «valores espirituales, a falta de otras palabras». Más tarde, y sobre todo a raíz de sus experiencias místicas, lo sobrenatural irá unido a los valores cristianos. El cristianismo, sobre todo a causa de la figura de Jesucristo, Dios encarnado que sufrió la pasión y la muerte, es —en sus orígenes, de ahí su predilección por la cultura cátara— la religión más próxima a su ideal de relación entre los seres humanos y entre éstos y la divinidad, aunque se negó a ser bautizada a causa de su dogma. Para ella, el gran error del catolicismo es, a pesar de su vocación ecuménica, el rechazo de aquel que no se somete a los dogmas impuestos, al considerar que el único espacio para la verdad es el dogmático cristiano. Las palabras «anathema sit» las considera una prueba de ello.

le corresponde todo lo que forma parte de lo sobrenatural: la verdad, la justicia, la belleza, es decir, el Bien, la única realidad absoluta, mientras que la región de «aquí abajo», nuestro mundo, no es otra cosa que una imagen de la realidad, la caverna platónica en la que rige la mentira, la irrealidad, todo aquello que Simone Weil considera el mal.

En nuestro mundo no hay lugar para el bien puro, dado que éste sólo se da en la región de lo sobrenatural, más allá del tiempo y del espacio. Ahora bien, el ser humano puede construir puentes que le permitan el acceso a la región del Bien absoluto a través de la belleza, la justicia, la verdad. Son los *metaxú*, una mezcla de bien y de mal que permiten el contacto con lo sobrenatural. La ciudad es uno de ellos.

«¿qué es sacrílego destruir? No lo que es bajo, ya que no tiene importancia. Tampoco lo que es alto, ya que no se puede alcanzar. Los *metaxú*, los *metaxú* son las regiones del bien y del mal. No hay que privar a ningún ser humano de sus *metaxú* (hogar, patria, tradiciones, cultura, etc.) que dan calor y nutren el alma y sin los cuales una vida 'humana' no es posible»².

La ciudad destruida expresa la desdicha producto de la fuerza. Los individuos que han sobrevivido a la destrucción de su ciudad están abocados a la esclavitud o al exilio. Todo aquello que permitía el desarrollo de una vida espiritual: la posibilidad de un pasado y un futuro, es decir, el arraigo en la tradición; la armonía social como libre circulación de las ideas —como armonía de contrarios—, el sentido de propiedad hacia los monumentos y edificios públicos; el contacto con la naturaleza y la belleza del mundo, el trabajo no envilecedor, el calor y la seguridad que proporciona sentirse a resguardo de las fuerzas ciegas de la naturaleza; todo esto

se les ha negado. La ausencia de estos bienes conduce a los seres humanos a la condición de material inerte. Ya no hay posibilidad de recuperación porque todo aquello que constituía la existencia digna del individuo, todo aquello que hay de sagrado en un ser humano, ha sido destruido.

«La realidad se nos hace presente por la ausencia», afirma Simone Weil³. ¿Qué queda después de la destrucción de la ciudad? La ausencia de bien, la irrealidad como dueña absoluta. Pero precisamente lo que hay de irrealidad en la fuerza es lo que hace emerger la realidad destruida. Lo hace del mismo modo que Dios, en este mundo, se manifiesta a través de su silencio, de su ausencia. Dicho de otro modo: cuando desaparece algo es cuando se nos revela de una manera más intensa. Lo que se descubre es lo que ese algo contenía de bien para nosotros. No hay que ir muy lejos; en las relaciones personales, por ejemplo, encontramos una muestra cotidiana: la pérdida de un ser amado nos desvela el bien que ese ser nos ha aportado. Por lo cual, nuestro pensamiento se orienta hacia ese bien.

Las ciudades destruidas a las que alude Simone Weil manifiestan lo máspreciado que contenían. Por eso la destrucción de la ciudad es un mal irreparable.

«Troya tenía un nivel de civilización, de cultura y de espiritualidad mucho más alto que aquellos que la atacaron injustamente y la destruyeron {...}; su desaparición ha sido un desastre para la historia de la humanidad.»⁴

La ciudad a la cual alude Simone Weil no es la ciudad del progreso mitificada por su época —aunque comparte con ella el ideal clasicista de modelo de armonía social—, sino más

² Simone Weil: *La pesanteur et la grâce*, ed. Plon, Paris, 1988, pág. 166. (Tr. cast. en ed. Trotta).

³ Ibid., pág. 90.

⁴ S. Weil: *L'Enracinement*, ed. Gallimard, 1949, pág. 283. (Tr. cast. en ed. Trotta).

bien un concepto de civilización en el que es posible el desarrollo de una vida humana auténtica, regida por leyes que posibiliten la existencia de la justicia, leyes que ejercen una cierta coerción pero que no llegan a ahogar al individuo, sino que «dejan subsistir una atmósfera en la que los valores espirituales (utilizo estas palabras a falta de otras), pueden desarrollarse».⁵

De este modo, la ciudad es una metáfora que alude al espíritu de una civilización. Lo que ha sido destruido con la ciudad es este espíritu, cuya pérdida es trágica porque sólo raramente florece en la vida colectiva.

«Sólo por una especie de milagro surgen sobre una determinada tierra, en determinados momentos, formas de vida social en la que la coerción no destruye esa cosa delicada y frágil que es un medio favorable para el desarrollo del alma. Hace falta una vida social poco centralizada, leyes que limiten lo arbitrario{...}»⁶.

2. El pasado como elemento ontológico.

El segundo aspecto que he apuntado es el de la ciudad como memoria, cuando el pasado recibe categoría ontológica.

Simone Weil es una pensadora del presente, una luchadora en el presente, y sin embargo, el eje de su reflexión es el pasado. Un pasado extraído de la palabra escrita de la cual rescata los restos de las ciudades destruidas y el dolor de su destrucción. Hace que Troya emerja del poema homérico *La Ilíada*; Toulouse de unos fragmentos de la epopeya medieval *Chanson de la croisade contre les albigeois*, escrito en lengua de oc; Jerusalem del Evangelio; Cartago de los textos de Polibio...

¿Por qué estas constantes referencias al pasado? Simone Weil vivió en el marco de las dos guerras mundiales. Tenía nueve años cuando acabó la primera (incluso llega a escribir «desde 1914 nunca he dejado de pensar en la guerra»), y murió en 1943, durante la segunda, a la que dedicó gran parte de su tarea intelectual, incluso llegó a ofrecerse a participar activamente a favor de la resistencia. Hubiera podido, por lo tanto, extraer las referencias sobre la destrucción de la ciudad del mismo presente o del pasado inmediato. Sin embargo, no lo hace. Se retrotrae a siglos atrás para extraer de ellos la enseñanza.

Esto es debido, en primer lugar, a su deseo de verdad. Porque la reflexión sobre el pasado permite conseguir la distancia necesaria para no caer en la inmediatez de los afectos. En el presente se proyectan deseos e intereses que impiden distinguir correctamente lo verdadero de lo falso; lo esencial de lo anecdótico. Pero no se trata solamente de eso. En el artículo «*En quoi consiste la inspiration occitanne*», expresa el porqué de esa elección:

«El pasado nos ofrece en parte una discriminación ya hecha porque, así como sólo lo eterno es invulnerable al tiempo, también el simple transcurso del tiempo opera una cierta separación entre lo que es eterno y lo que no lo es. Nuestros afectos y nuestras pasiones contraponen a la facultad de discriminar lo eterno tinieblas menos espesas para el pasado que para el presente. Eso pasa sobre todo en el pasado temporalmente muerto, que no aporta ninguna savia a las pasiones»⁷.

La raíz es, pues, el salto a lo eterno. Porque el pasado nos remite a la eternidad. Este paso se produce del mismo modo en que se rea-

⁵ S. Weil: *Écrits historiques et politiques*, ed. Gallimard, 1960, pág. 109.

⁶ El texto original continúa así: «...y, en la medida en que la autoridad se ejerza arbitrariamente, una voluntad de obediencia que permita someterse sin rebajarse». He creído oportuno suprimirlo para no iniciar un tema también muy importante en la obra de S. Weil: el de la obediencia consentida (e el consentimiento en la obediencia).

⁷ S. Weil: *Écrits historiques et politiques*, pág. 76.

liza el cambio de plano respecto a la verdad, la justicia, la belleza o el bien. Es el salto de la irrealidad a la realidad, del mundo material al ámbito de lo sobrenatural. Así como la existencia del mal remite a la realidad en forma de deseo de bien; así como la injusticia, el daño cometido a un ser humano, hace emerger la parte sagrada de ese ser a través del grito que suplica que no se le haga daño, sino bien, es decir, el grito de la justicia, también la temporalidad manifiesta la realidad de la eternidad. El tiempo, a pesar de su irrealidad, ejerce una acción destructora. Lo que queda es pasado, realidad eterna:

«Sólo el pasado, cuando no lo fabricamos de nuevo, es realidad pura»⁸.

Simone Weil niega la existencia real del tiempo porque la temporalidad pertenece al ámbito de lo material.

«El tiempo, hablando propiamente, no existe (sólo el presente como límite) y, sin embargo, estamos sometidos a él»⁹.

El presente no es más que un límite que se impone a nuestras acciones. Considerar el presente como algo real es negar la temporalidad. Pero el error más grave, el que constituye la raíz del mal, es el de orientar la vida humana hacia el futuro, porque el porvenir es una proyección imaginaria. La crítica que hace Simone Weil a la idea de progreso se basa en la consideración de su irrealidad, ya que solamente se fundamenta en la posibilidad. Y es que lo posible no es real. La confianza ilimitada en el progreso representa una degradación para el espíritu humano porque lo orienta hacia el mal bajo la apariencia de bien, con lo cual el ser humano se ve proyectado hacia un nivel bajo de irrealidad y de mentira.

«Lo que es mejor que nosotros no lo podemos encontrar en el porvenir»¹⁰

El pasado, en cambio, ya se encuentra en el plano de las realidades eternas e inmutables. Pertenece al dominio de lo sagrado.

Aquí abajo, en nuestro mundo, sometido al curso de la temporalidad, el pasado ya no está a nuestro alcance. No podemos acceder a él porque no podemos volver atrás en el tiempo. Es un hecho irreversible. Sin embargo, hay un lugar en el que el pasado se nos manifiesta: la memoria, el puente que permite el acceso a la eternidad.

Para nosotros, el único sentido del pasado es ser conservado en la memoria, del mismo modo que el único sentido de las verdades matemáticas, por ejemplo, es ser reveladas a la inteligencia, o la belleza a los sentidos.

El olvido significa una nueva destrucción, la de esa realidad que se nos ha revelado con la ausencia para poder ser pensada. Rescatar la realidad del pasado es dar sentido a la historia y, en último término, a la vida humana. Este contacto con el pasado representa la verdadera continuidad en la vida espiritual de los individuos a los que hace referencia Simone Weil.

Es necesario, pues, retener el pasado como un bien para que nos sirva de orientación en el presente. Esta orientación hacia el pasado como una verdad eterna, como bien, permite acceder, en una especie de renacimiento, a un nivel superior de espiritualidad en la vida colectiva. No se trata de anclarse en el pasado —Simone Weil no es tradicionalista en absoluto— sino de extraer un aprendizaje para el presente. Porque los puentes, los *metaxú*, no son viviendas permanentes; son para ser transitados.

⁸ S. Weil: *La pesanteur et la grâce*, pág. 198. (Trad. cast. en ed. Trotta).

⁹ Ibid., pág. 63.

¹⁰ S. Weil: *Écrits historiques et politiques*, pág. 75.

«¿De dónde nos llegará el renacimiento, a nosotros, que hemos ensuciado y vaciado todo el globo terrestre? —escribe— Sólo del pasado, si lo amamos»¹¹.

La ciudad es, en este sentido, el espacio en el que se produce esta continuidad. Tenemos un ejemplo en las bibliotecas, esos templos del pasado en los que se hace realidad la memoria como patrimonio colectivo. Como también lo es la transmisión oral de hechos históricos relatados por aquellos que se sienten vinculados al pasado de la ciudad.

La ciudad es el espacio en el que el arraigo en la cultura y en la tradición permite a los individuos sentirse en casa y crecer, como en una cuna cálida y segura. Es el lugar de la libertad y del respeto a las cosas valiosas y, sobre todo, a los seres humanos, que son los que la componen y la viven.

De este modo, la reflexión sobre la destrucción de la ciudad, al considerarla como *metaxú* bajo los dos aspectos expuestos, nos sitúa en una nueva perspectiva en la cual, en el presente, adquiere una nueva dimensión: tanto la revelación de la realidad a través de la destrucción, como la de la temporalidad a la que está sometida —temporalidad que remite, en último término a la muerte—, nos proporcionan el sentimiento de piedad ante la fragilidad de la ciudad. La ciudad es frágil no solo porque pueden ser destruidos el espacio físico y los seres humanos, sino también los valores espirituales que la alimentan.

«La compasión por la fragilidad siempre va unida al amor hacia la verdadera belleza, porque sentimos vivamente que las cosas verdaderamente bellas tendrían que tener una existencia asegurada y no la tienen»¹².

Se trata de una piedad hacia lo que es valioso y sagrado, y que además es bello porque pertenece al ámbito del bien.

Por eso, el amor por la ciudad, fruto de esta revelación como algo sagrado, impide el desarrollo de la violencia. Sólo aquellos que no aman la ciudad porque su acción se orienta hacia diversos ídolos (el prestigio, el poder, incluso una religión o una ideología determinada) o bien porque son desarraigados, pueden ignorar lo que una ciudad contiene de valioso y destruirla.

No hace falta ir más lejos. Últimamente, tenemos constancia de este fenómeno en la llamada Guerra de los Balcanes. Unos en nombre de lo que llaman «etnia», otros en nombre de lo que paradójicamente se llaman «derechos humanos», fruto todo, al fin y al cabo, de idolatrías diversas, han destruido lugares de convivencia de ideas y de seres humanos. Tal vez es necesario dirigir la mirada hacia una realidad que no pertenezca al ámbito de la fuerza ni del poder y, sobre todo, mantener la memoria como un espejo del pasado para aprender de él.

¹¹ S. Weil: *La pesanteur et la grâce*, pág. 198. (Trad. cast. en ed. Trotta).

¹² S. Weil: *L'enracinement*, pág. 218. (Trad. cast. en ed. Trotta).